

**Fragilidad del silencio. *Sólo una luz de agua*
Pablo Montoya
Medellín: Tragaluz, 2009**

Recibido: 23 de abril de 2010. Aceptado: 29 de junio de 2010 (Eds.)

Sólo una luz de agua de Pablo Montoya es la escritura de un ritual, en el que la vida de un hombre y su errancia se suceden en imágenes que son, a su vez, escenificación de un drama estático cuyos silencios, frágiles como rosas marchitas, configuran la tensión poética en la obra.

Aquí, como en *Lejos de Roma* y en *Viajeros*, la expresión se hace diáfana para sugerir los múltiples contornos de la palabra que canta y cuenta, pero que también intenta consumarse en el mayor riesgo: perdurar en la imagen, permanecer en la metáfora. Esta escritura es un homenaje a la elegancia que se detiene en el detalle para descubrir, en él, un nuevo sonido en el viento, un matiz en la mirada o un movimiento inadvertido al caminar. Cada revelación es callada y solo puede asirse, si se intenta, como quien quisiera atrapar un murmullo en el vacío: es una certeza que dura un momento, como una ráfaga invisible; y esa desaparición, que apenas se logra intuir, también hace parte de la belleza. Lo intangible también es una virtud.

No todo se puede decir sobre la imagen (cada uno de los veintiocho frescos que pintó El Giotto en homenaje al santo de Asís, Francisco, y a su dolorosa peregrinación en busca del severo amor de su Señor), pues no todo se sabe. La voz que escribe, lo hace como si de un dictado se tratara. Su ritmo pausado, como de una lenta caminata, pareciera simular aquella intención de hacer de cada frase un texto; así, este sería un libro concebido en cada respiración, en cada aliento ofrendado.

Sólo una luz de agua también es una puesta en escena del oficio de la elegancia y la precisión: esa es su estética. Hay una constante delicadeza que se entrega a la contemplación de las formas. Elegancia que es levedad y que precisa de la luz para que, en su serena claridad, enseñe su andar a veces lánguido.

El ritmo ni siquiera asume la prisa de una meditación; simplemente fluye, sin importar el final, porque es justo ese tránsito el sentido de la

lectura: saberse ahí es penetrar la realidad para sentir el palpito de la voz en la escritura.

La fragilidad es como una canción melancólica que se mueve según la ondulación de una hoja en el aire: esa danza en medio de la nada, es una afirmación efímera de la poesía, al igual que Francisco predicando frente a los pájaros. Y esa brisa, provocada por el débil aleteo, es alimento para su oración: el ser que anhelan las palabras: estar suspendidas sin tiempo ni lugar. Sólo ahí, no más.

Francisco ruega en un incontenible fervor por volverse agua; la que brota del manantial en el camino y que sacia la sed de los errantes, menos la suya. Y grita, como en un extático sueño, tratando de dibujar el cauce que se le escapa, para procurarse “una heredad” que sea capaz de definirlo: “Pero encuentro un espejismo. Sólo una luz de agua que nombra mi ser perecedero”. Recuerda la derrota, la caída y la imposibilidad para rozar, al menos, esa infinitud tantas veces intuida en el dolor y en la soledad. Francisco es un peregrino que se entrega al camino, a las caricias y a las inclemencias de su perenne desventura que halla regocijo en la palabra iluminada. Sus pies heridos y sus “ojos dulces pero no límpidos” son lo que va quedando de su cuerpo que suele ocultar también, y quizás con timidez, las cicatrices del hambre y la pobreza. Esas tristes heridas, orgullo de su corazón, logra plasmarlas Pablo Montoya en su escritura. Ese es uno de sus méritos.

Pero no es solo Francisco; hay otros seres que habitan estos relatos de la imagen y el silencio. Son historias de vida delineadas en unos pocos trazos que las definen, y son tan reales como fantasmas que circundan un templo para su salvación, y son tan presentes y vivas como la sangre cansada de un errante desolado y abatido.

“La resurrección de la mujer de Benevento” es un impresionante episodio de la incertidumbre, de lo que nunca se puede nombrar. De todo aquello que es inaudible por misterioso. Ese pequeño retrato de la mujer vuelta a la vida tiene el rostro del miedo y la estupefacción. El santo de Asís está frente a ella y se habla a sí mismo: “Intentas en vano verte en la turbulencia de sus ojos. Su mirada está inerte, te dices. [...] Pero en su voz pasa algo. Contienes la respiración no sólo porque estás aterrado, sino porque el aliento de la mujer es una letrina rociada con incienso. Lo que vas escuchando es un rumor impreciso”.

Fray Agustín padece el suplicio de un cuerpo acabado cuya vida se agota en cada movimiento. Y allí está, moribundo en el lecho, intentando

inclinarse para ver la voz de amor que no llega hasta él, y que se le escapa dejándolo en el abismo. Ese terrible abandono es lo que la palabra poética atestigüa con desesperación.

Y Clara, la que permanece callada a un lado, mientras baja la mirada por sentirse indigna, posee la fidelidad de una sombra que prefiere desaparecer ante la luz, temerosa de enceguecerse. Sabe, en su corazón, que algo los ata, y que ambos se sacrificarán en el mismo altar y por el mismo nombre. Ella, eco del despojamiento y de la memoria del santo peregrino.

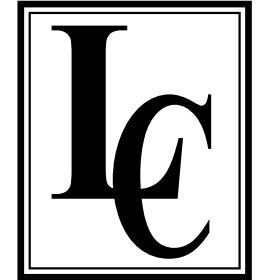
El lector, al ingresar a estas páginas, sabe que ha entrado a un recinto y por eso hay una actitud que es requerida: la de la contemplación; una comunión entre la belleza y el espíritu. El acercamiento al silencio de las imágenes debe ser cauteloso, pues cualquier ruido sería una perturbación.

Muchas de las historias de estos frescos en palabras son un gesto de amor en la soledad y en el deseo: expresión de un sentimiento intenso y desgarrado. No en vano, se trata de hombres y mujeres que mueren en la ausencia y en la angustia.

Sólo una luz de agua contiene la escritura de un poeta que mira los frescos que un gran pintor imaginó sobre un triste peregrino que se hizo santo en el dolor y el martirio. Esta es su lectura, nacida de su emoción y de un aferrado compromiso con la forma y la belleza. Es un libro en el que fluye la vida.

Y es Francisco quien vive en esas páginas. Cada palabra suya es un gemido: “Para volverme cenizas que crepitan” y fundirse para siempre en las estrellas. Es la historia de una inmolación. De un anhelo siempre presente, y al final cumplido. De la entrega total en la renuncia de sí en procura de Aquél que es el “olor de universo”.

Felipe Restrepo David
Universidad de Antioquia



Sección bibliográfica *Literature serials*